

Anthony McCarten

LAS HORAS
MÁS OSCURAS

Cómo Churchill salvó
al mundo del abismo

Traducción castellana de
Juan Rabasseda

CRÍTICA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Darkest Hour. How Churchill Brought Us Back from the Brink*

El instante más oscuro. Winston Churchill en mayo de 1940

Anthony McCarten

Diseño y fotografía de portada: adaptación del cartel de la película / ©2017 Universal Studios. All rights reserved.

Fotografía del autor: ©Jack English

© 2017, Anthony McCarten

© 2017, Traducción, Juan Rabasseda

© 2017, Editorial Planeta S. A., - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2017, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-17067-47-2

Primera edición impresa en México: noviembre de 2017

ISBN: 978-607-747-474-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México -*Printed in Mexico*

Introducción

A lo largo de los años, en mis estanterías ha habido siempre unos cuantos volúmenes cuyo contenido podría calificarse de «grandes discursos que cambiaron el mundo». La tesis de esos libros es que un logro tan cuestionable como ese se ha alcanzado ya muchas veces, siempre que se han dado las condiciones adecuadas: palabras oportunas, asociadas a una idea oportuna, y pronunciadas por una persona brillante y oportuna.

En esas antologías cabía esperar encontrar al menos un discurso de Winston Spencer Churchill. A menudo dos o tres. Sus palabras sonaban ligeramente anticuadas, altisonantes, con la artificiosidad que lo caracterizaba, elevada casi a la pomposidad, pero siempre contenían un par de frases exquisitas, unas citas soberbias que habrían resultado memorables tanto para un público que hubiera existido hace mil años como para un público futuro que exista dentro de mil años.

A medida que fui haciéndome un modesto estudioso de los discursos de Nehru, Lenin, George Washington, Hitler, Martin Luther King y otros, fui alimentando mi admiración por el arte de la oratoria y por el aluvión de palabras procedentes de esos hombres, como una lluvia de flechas cada vez más densa. En el mejor de los casos, esos discursos tenían la facultad de evocar y hacer aflorar los pensamientos no formulados de un

pueblo, de galvanizar emociones de lo más dispares y de trasladarlas a un punto de pasión compartida, capaz de hacer de lo impensable una realidad.

Lo que me sorprendía como algo verdaderamente notable en Churchill era que había escrito tres de esos discursos en solo cuatro semanas. Para él, mayo de 1940 fue un momento único de inspirada grandilocuencia. Y lo hizo él solito. ¿Qué tuvo aquel momento que lo impulsó a alcanzar tales cotas? ¿Qué presiones políticas y personales lo llevaron, por tres veces en tan pocos días, a convertir el carbón en unos diamantes de semejante valor?

¿La respuesta más sencilla? Gran Bretaña estaba en guerra. Los horrores del *Blitzkrieg* vieron cómo una democracia europea tras otra iban cayendo en rápida sucesión bajo las botas y las bombas de los nazis. Obligado a hacer frente a tanto horror, con una pluma en la mano y una mecanógrafa bien dispuesta, el nuevo primer ministro inglés se preguntó qué palabras podrían suscitar en el país una actitud de resistencia heroica cuando la invasión de su patria por un enemigo tan terrible parecía estar solo a pocas horas de distancia.

Este libro y el guion de la película *Las horas más oscuras* surgieron de esas preguntas y de esa fascinación. El objetivo es estudiar los métodos de trabajo, las cualidades de liderazgo, el pensamiento y los estados de mente de un hombre en aquellos días críticos; de un hombre que en el fondo de su alma, más bien poética, creía que las palabras importaban, que contaban, y eran capaces de actuar para cambiar el mundo.

Mis primeras investigaciones me llevaron a centrarme en el período comprendido entre el inesperado ascenso de Churchill al puesto de primer ministro el 10 de mayo de 1940 y la evacuación casi total del ejército británico acorralado en Dunkerque (que marcó la caída casi inminente de Francia) el 4 de junio, fecha, dicho sea de paso, en la que pronunció el último discurso de su trilogía retórica.

Los Archivos Nacionales me proporcionaron una herramienta de trabajo vital para mis investigaciones: el acceso a las actas de las reuniones del Gabinete de Guerra que Winston presidió durante aquellos días tan sombríos. Esos documentos arrojan luz sobre un singular período de incertidumbre en su carrera, sobre un momento de vacilación en su liderazgo, por lo demás firme. Los pedestales son para las estatuas, no para las personas, y una lectura atenta de esas actas pone ante nuestros ojos no solo a un líder en apuros, atacado desde todos los flancos e inseguro a veces, sin saber a ciencia cierta qué dirección tomar, sino también una historia que yo no había oído contar nunca: la de un Gabinete de Guerra británico que, de haber hecho las paces con el enemigo, habría redibujado el mundo para siempre. ¿Hasta qué punto estuvo cerca Winston de alcanzar un acuerdo de paz con Hitler? Pues bien, según pude descubrir, estuvo peligrosamente cerca.

La cuestión que se le planteaba a aquel Gabinete de Guerra, que en 1940 se reunió inicialmente en el Almirantazgo (a pocos pasos de Downing Street subiendo por Whitehall) y luego en el búnker excavado debajo del edificio del Tesoro, era si Gran Bretaña debía seguir luchando sola, quizá hasta la destrucción de sus fuerzas armadas o incluso hasta la destrucción de la propia nación, o si, por el contrario, le convenía no correr riesgos y explorar la posibilidad de alcanzar un acuerdo de paz con Hitler. El embajador italiano en Londres, a cambio de ciertos trueques coloniales en África, Malta y Gibraltar, había indicado que estaba dispuesto a pedir al máximo dirigente del fascismo italiano, Benito Mussolini, que actuara de intermediario entre Berlín y Londres para la consecución de ese pacto. Mientras que el rival de Winston en el liderazgo del país, lord Halifax, insistía enfáticamente en que se explorara esta opción, al menos hasta que pudiera averiguarse con claridad cuáles eran las condiciones exigidas por Hitler, y su antecesor en el cargo de primer ministro, Neville Chamberlain, reconocía que esa

parecía la única forma sensata de escapar a una aniquilación casi segura, Winston se enfrentó a unas horas de enorme soledad en las que realmente no tuvo más que su propio criterio en el que basarse.

A muchos lectores les sorprenderá saber que el gran Winston Churchill, presentado ante la historia como un enemigo firme e inquebrantable de Hitler, dijo a sus colegas del Gabinete de Guerra que en principio no pondría objeciones a entablar conversaciones de paz con Alemania «si *Herr* Hitler estaba dispuesto a firmar la paz a cambio de la devolución de las colonias alemanas y del reconocimiento de su hegemonía en Europa central». En un momento determinado, el 26 de mayo, fue más allá, y se afirma que dijo «que estaría muy *agradecido* si nos librábamos de las actuales dificultades, siempre y cuando conserváramos lo indispensable de nuestra fuerza vital, aunque fuera a costa de alguna cesión de territorio». ¿A qué territorios se refería? En realidad hablaba no solo de territorios europeos, sino también *británicos*. Y hay más todavía. El diario de Chamberlain reseña el 27 de mayo que Churchill dijo al Gabinete de Guerra que «si lográbamos salir de este lío cediendo Malta y Gibraltar y algunas colonias africanas, él [Winston] no dejaría escapar la oportunidad».

¿De verdad pensó Churchill en entablar conversaciones de paz con un maníaco homicida al que aborrecía por encima de cualquier otra persona? Parece que así fue. Tales eran las presiones que pesaban sobre él, que no solo se le pasó la idea por la cabeza, sino que incluso permitió que Halifax empezara a redactar un memorándum secreto para los italianos, exponiendo las condiciones de Inglaterra y dando los primeros pasos para averiguar hasta qué punto iba Hitler a ser severo.

A aquellos que piensen que la imagen de un Churchill dispuesto a considerar seriamente la idea de un acuerdo semejante menoscaba al gran hombre y daña su reputación, yo les diría justo lo contrario: que la imagen pública de un luchador com-

bativo que nunca dudó de sí mismo no le hace justicia; hace de él un personaje irreal, un clisé, no tanto un ser humano tridimensional cuanto el producto de un sueño colectivo. Lejos de empequeñecerlo, su indecisión, su capacidad de poner al mal tiempo buena cara con el fin de mantener alta la moral mientras pensaba en otras soluciones, lo engrandecen.

Estas son, pues, las horas más oscuras a las que hace referencia el título del libro, pero de ellos —y lo que es más, por ellos— Churchill salió con dos *coups de théâtre*, dos golpes de efecto, dos ejemplos magníficos de oratoria: el primero, el discurso pronunciado ante un grupo de miembros del Gabinete que no estaban al corriente de lo que se decía en el Gabinete de Guerra, y el segundo, el pronunciado ante el pleno del Parlamento, para que lo oyera todo el mundo. El primero fue una especie de calentamiento para lo que iba a venir, y no se conserva de él un texto completo, pero las anotaciones de los diarios de dos hombres que lo oyeron indican a grandes rasgos cuáles fueron sus líneas maestras y recogen muchas frases clave. El segundo discurso entró en la historia en el momento mismo en que las palabras salieron de los labios de Winston, a medida que nombraba las playas, los puntos de desembarco, los campos, las montañas, los mares y los océanos, e incluso los cielos, los lugares en suma en los que los británicos se enfrentarían a los temidos germanos.

En esos dos discursos, y en otro anterior pronunciado unas semanas antes —en el que prometió al pueblo entregarle, quisiera o no, su sangre, sus fatigas, sus lágrimas y su sudor—, utilizó todos los trucos a su alcance. Eran lecciones aprendidas de los oradores griegos y latinos en general, y de Cicerón en particular: primero suscitando la simpatía del público por su país, por él mismo, por sus aliados, por su causa, y luego elaborando un llamamiento emocional directo —lo que los oradores latinos llamaban el *epilogos*— destinado a no dejar ni un solo corazón indiferente, ni un solo ojo sin lágrimas.

Existen modelos del tipo de espectáculo de fuegos artificiales que montó en tres ocasiones entre finales de mayo y principios de junio de 1940, en particular el discurso de Marco Antonio en defensa de Aquilio, durante el cual Antonio rasgó la túnica de Aquilio para mostrar las cicatrices que habían dejado en su pecho sus acciones en el campo de batalla, pero ni la Cámara de los Comunes ni el público británico en general habían oído nada parecido. Con sus palabras, Churchill cambió el estado de ánimo del mundo político y reforzó la voluntad nerviosa de un pueblo vacilante, obligándolos a emprender un camino incierto que —al final y contra todo pronóstico, y con todos los sacrificios vaticinados por Winston (y unos pocos más)— desembocó en la victoria total.

Eso es algo de lo que se cuenta.

Tras la muerte de Winston, se dijo de él que durante aquellos días oscuros de 1940, cuando Gran Bretaña se mantuvo en pie sola frente a un enemigo monstruoso, supo movilizar la lengua inglesa y mandarla al campo de batalla. No se trata solo de una bonita metáfora. Las palabras fueron realmente todo lo que tuvo en aquellos largos días. Pero a decir verdad, cuando solo te queda una cosa con la que luchar, al final todo podría salirte mucho peor. Y esa es la lección que debemos sacar.

MARTES, 7 DE MAYO DE 1940

**HITLER YA HABÍA INVADIDO
CHECOSLOVAQUIA, POLONIA, DINAMARCA
Y NORUEGA**

**EN AQUELLOS MOMENTOS SE DISPONÍA
A CONQUISTAR EL RESTO DE EUROPA**

**EN GRAN BRETAÑA, EL PARLAMENTO
HABÍA PERDIDO LA FE EN SU LÍDER,
NEVILLE CHAMBERLAIN.
HABÍA COMENZADO YA LA BÚSQUEDA
DE UN SUSTITUTO**

Votación en la Cámara

Los debates en la cámara del Parlamento británico eran un clamor de condenas e invectivas. «¡Fuera, fuera!», gritaban en las galerías más altas, donde los aristócratas y los miembros de la Cámara de los Lores intentaban asomarse estirando el cuello para ver mejor. «¡Dimite, hombre, dimite!» Los políticos británicos no habían visto nunca nada parecido. Los miembros de los partidos de la oposición enrollaban sus folletos con el orden del día en forma de puñales y los lanzaban en dirección a la figura derrumbada, ya caduca y, sin que nadie lo supiera, enferma, que estaba sentada delante de la arqueta de su cargo:* el conservador Neville Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña.

Pero por varias razones Chamberlain era reacio a retirarse y a dejar su puesto como jefe del gobierno, entre otras cosas debido a la profunda inseguridad que sentía respecto a la persona que pudiera sucederlo.

* Las *dispatch boxes* son unas arquetas utilizadas por los miembros del gobierno británico para el transporte de los documentos oficiales. Tradicionalmente son de color rojo y llevan el anagrama del monarca. Las arquetas son utilizadas por los ministros del gobierno del Reino Unido para transportar documentos, intercambiarlos o someterlos a la aprobación del monarca. Por eso constituyen una especie de símbolo de su rango y de insignia de su cargo. (*N. del t.*)

Gran Bretaña llevaba ocho meses en guerra y las cosas estaban yéndole mal. Tanto los políticos como el público en general reclamaban no solo un líder, sino también, como exigen todos los grandes momentos, un *gran* líder: un líder capaz de hacer lo que solo pueden hacer los grandes líderes: pronunciar palabras que sepan conmover, incitar, convencer, galvanizar, inspirar e incluso crear en los corazones del pueblo unos niveles de sentimientos que nadie sabía que tuviera. De esas palabras saldrían acciones y, dependiendo de la sabiduría de esas acciones, de ellas saldría o bien el triunfo o bien una sangrienta derrota.

Y había en él tal vez otro elemento más sorprendente que el que cualquier país sometido a una grave crisis habría deseado encontrar en su líder: dudas. La capacidad vital de dudar de su juicio, de poseer una mente capaz de albergar dos ideas contrapuestas al mismo tiempo y de sintetizarlas solo entonces; de tener una mente no hecha de ideas preconcebidas, y por lo tanto capaz de dialogar con todas las opciones. Esa actitud contrastaba con una mentalidad llena de prejuicios que únicamente le permitían mantener un diálogo con una sola persona: él mismo. Gran Bretaña no necesitaba en aquellos momentos ningún ideólogo. Lo que le hacía falta era un pensador completo.

Como escribía Oliver Cromwell en 1650 en una carta dirigida a la Iglesia de Escocia, «os imploro, por los clavos de Cristo, pensad si no será posible que estéis equivocados». En aquellos tiempos de incertidumbre y obligada como estaba la nación británica a hacer frente a unos asuntos tan graves que su futuro dependía de los próximos pasos que diera, la gran pregunta era: ¿Dónde podría encontrarse un líder semejante?

«¡Lleva usted sentado ahí demasiado tiempo para lo poco que ha hecho! Váyase, le digo, y déjenos en paz. ¡Por Dios, váyase!»¹ Leo Amery, diputado por Sparkbrook, Birmingham, volvió a ocupar su escaño en medio de sonoros aplausos en aque-